

FENOMENOLOGÍA DE LA CIUDAD IRRIGADA

*Diego I. Rosales**

RESUMEN: El objetivo de este trabajo es ofrecer bases fenomenológicas para comprender el papel que juega el agua en la constitución del sentido personal, estético y cultural de las ciudades. Para ello ofreceré, en primer lugar, una mínima fenomenología del agua como fenómeno antropológicamente determinado, en la que intentaré describir los distintos estratos de sentido bajo los que el agua puede comparecer y constituirse como elemento cultural y estético ante una subjetividad individual o comunitaria. En segundo lugar, distinguiré dos formas bajo las cuales el agua puede comparecer en un contexto urbano y que constituyen dos formas distintas de ciudad: la ciudad irrigada y la ciudad abastecida. Finalmente, contrastaré descriptivamente la irrigación en las ciudades de París, La Habana y la Ciudad de México para ejemplificar las distinciones elaboradas en el trabajo.



PHENOMENOLOGY OF THE IRRIGATED CITY

ABSTRACT: The aim of this paper is to offer phenomenological bases to understand the role played by water in the constitution of the personal, aesthetic and cultural sense of cities. To this end, I will offer, firstly, a minimal phenomenology of water as an anthropologically determined phenomenon, in which I will try to describe the different layers of meaning under which water can appear and constitute itself as a cultural and aesthetic element before an individual or communitarian subjectivity. Secondly, I will distinguish two forms under which water can appear in an urban context and which constitute two different forms of city: the irrigated city and the supplied city. Finally, I will descriptively contrast irrigation in the cities of Paris, Havana and Mexico City to exemplify the distinctions elaborated in the paper.

PALABRAS CLAVE: Abastecimiento, belleza, ciudad, irrigación, urbanismo.

KEY WORDS: Beauty, city, irrigation, supply, urbanism.

* Hápax. Centro de Investigación en Humanidades.

RECEPCIÓN: 30 de mayo de 2023.
APROBACIÓN: 20 de enero de 2025.
DOI: 10.5347/01856383.0153.000315373

FENOMENOLOGÍA DE LA CIUDAD IRRIGADA

Constitución primigenia del agua como fenómeno antropológicamente determinado

El agua, al igual que la tierra, el viento y el fuego, es un elemento de la naturaleza. En tanto, es un objeto que puede ser estudiado por las ciencias naturales como la química y la física: su composición atómica, las leyes a las que responde, su densidad, puntos de congelación y de ebullición, el papel que cumple en la nutrición y en la manutención del metabolismo de los seres vivos, así como muchos otros aspectos. Es incluso una obviedad decir que nuestro planeta se singulariza del resto de otros planetas conocidos por la presencia de agua, lo que posibilita el surgimiento de la vida tal como la conocemos.

Fenomenológicamente¹ el agua comparece, en primera instancia, como un objeto natural, con las características propias de las cosas

¹ El método de este trabajo es, principalmente, el análisis y la descripción fenomenológica, que hace *epojé*, es decir, que pone entre paréntesis —en la medida de lo posible— todos los conocimientos de las ciencias, así como los prejuicios de la actitud natural desde la que nos relacionamos con el mundo, para así intentar describir las vivencias desde una subjetividad pura que constituye el mundo. La fenomenología busca ir a las bases constitutivas de las experiencias desde donde surgen las fuentes de sentido más originarias y que ni la actitud natural ni las ciencias (sociales o naturales) cuestionan, sino que dan por sentadas. Véase Edmund Husserl, *Investigaciones Lógicas*, trad. por José Gaos y Manuel García-Morente (Madrid: Alianza, 2006), I, 216: “La fenomenología alumbrá las ‘fuentes’ de las cuales ‘brotan’ los conceptos

físicas: es una realidad material, que ocupa un lugar en el espacio, con una masa determinada y que puede estar en estado sólido, líquido o gaseoso. De estos tres estados, no obstante, en el lenguaje ordinario usamos la palabra “agua” para referirnos al estado líquido, mientras que para el estado sólido usamos la palabra “hielo” y para el gaseoso “vapor”.

El agua, sin embargo, no es solamente un elemento de la naturaleza, con sus características objetivas, analizables y cognoscibles por diversos métodos científicos, sino que forma parte de la historia humana como un elemento cultural, cuyo papel es esencial para la vida humana mucho más allá de la nutrición y la supervivencia biológica. Muchas civilizaciones, religiones, culturas y naciones han dado al agua un valor simbólico. Así, desde hace milenios, el agua ha sido un fenómeno antropológicamente determinado, es decir, una realidad cuyo sentido pleno trasciende sus características físicas y participa de significados lingüísticos, culturales, estéticos o religiosos. Estos sentidos antropológicos del agua se concretan de maneras diversas en las culturas, pero anclan en necesidades propiamente humanas que, trascendiendo lo biológico, parecen responder a estructuras trascendentales de lo humano. Más aún, el agua es un fenómeno que participa de los distintos estratos constitutivos de la vida personal: pertenece al reino mineral, pero cumple funciones biológicas y, al formar parte del entramado cultural humano, su mineralidad es finalmente determinada por la semántica.

Un ejemplo contundente lo constituye la posibilidad de considerar al agua como un elemento dotado de posibilidades estéticas. Es cierto que cada cultura a través del globo y, a lo largo del tiempo, otorga al agua significaciones estéticas particulares. No juega el mismo papel en la

fundamentales y leyes ideales de la *lógica pura*, y hasta las cuales han de ser perseguidas estas leyes y conceptos, para recibir la ‘claridad y distinción’ que se exige a una comprensión crítica de la *lógica pura*”. Esta afirmación, tan contundente respecto de la *lógica*, la extenderá Husserl a todas las disciplinas del conocimiento y fundará así la fenomenología trascendental. De este modo, el estudio presente busca alumbrar las fuentes de sentido de las que brota la noción de “agua” como un fenómeno antropológicamente determinado y la de “ciudad irrigada”, más allá de todos los saberes sociales o naturales que puedan dar cuenta de esos fenómenos: ir a la experiencia pura. También remito a la fenomenología desarrollada por Maurice Merleau-Ponty a propósito del cuerpo y de la constitución de sentido del espacio y sus formas culturales, cuyas bases están dadas en la *Phénoménologie de la perception* (París: Gallimard, 1945).

arquitectura del Reino Nazarí de los siglos XIII, XIV y XV, que en algunas edificaciones de Tadao Ando en el siglo XX. Con todo, parece posible afirmar —más allá de las diferencias culturales en los ejemplos señalados— que, a toda subjetividad trascendental, es decir, a toda subjetividad humana, corresponde relacionarse con el agua a través de ciertos sentidos y significaciones estéticas.

A continuación, distinguiré tres niveles de constitución del agua como un fenómeno antropológicamente determinado, es decir, como un fenómeno que comparece cargado de sentidos subjetivos, culturales, históricos, artísticos o incluso políticos.

La sed

La sed es la primera experiencia por la que el agua es determinada antropológicamente. Si bien el agua comparece, ante todo, como algo objetivo o un elemento de la naturaleza aparece también como el correlato básico de una necesidad primaria del organismo humano: la hidratación. La necesidad de hidratación se vuelve dato gracias a esa experiencia que llamamos “sed”, una vivencia primordialmente subjetiva e individual, pasiva, que surge de manera natural en el ser humano como organismo dotado de un cuerpo vivo. Dicho cuerpo vivo no se ofrece al ser humano como un objeto poseído por él, sino como una realidad que ese ser humano es. El cuerpo no comparece como una cuestión que se tenga y de la cual puede desasirse el ser humano, sino que es más bien un primer estrato constitutivo de su ser, por lo que las necesidades del cuerpo son “mis necesidades”, sus limitaciones son “mis limitaciones” y, por lo tanto, es un campo de experiencias, por todo ello, el cuerpo es la matriz por la que el yo conoce el mundo a través de esas experiencias, primordialmente pasivas, pero algunas también activas.

Es así que la sed se padece y se sufre en primera persona, no como el indicador objetivo de una realidad que requiere de un *input* determinado para funcionar —al modo como una máquina requiere de combustible o de electricidad— sino como la experiencia de la falta, de la vulnerabilidad vital, de la insuficiencia de la existencia para bastarse

a sí misma, de la necesidad de una alteridad material y, con ello, como la adquisición de cierta conciencia de dependencia respecto del mundo: la subjetividad no puede existir de manera autónoma. La sed es una pasión íntima vivida subjetivamente, que no solo le revela a ella su primaria dependencia con el mundo sino también su relación con un objeto elemental material, líquido y potable, que normalmente es el agua.

Tener agua a nuestro alcance es una cuestión de vida o muerte. Por eso es llamada “el líquido vital”. A tal punto es necesaria que un cuerpo humano cualquiera muere después de pocos días después de no consumirla. Nuestra existencia está a merced de la presencia de agua.

Así, el primer nivel de constitución del agua es, así, el de un elemento necesario para el mantenimiento de la vida en su carácter biológico. Pero al mismo tiempo, si centramos ahora la mirada en el acto de beberla, es posible constatar un sinnúmero de manifestaciones que hacen de ese acto algo más que un simple acto de sustentación natural. Muchas personas, civilizaciones o culturas transforman ese líquido para enriquecerlo en nutrientes o en sabores, lo transforman de ser una materia prima elemental de la naturaleza a ser un brebaje culturalmente determinado por ciertos rituales de carácter sagrado, hospitalario o configurador de relaciones humanas. Beber agua no es tan solo hidratarse, es más bien participar de una celebración, tomar parte de un momento de descanso, es la oportunidad de experimentar la generosidad de quien facilita un remedio a un mal. A la experiencia de la necesidad biológica se agrega la experiencia de la generosidad y de la gratuidad, así como también la experiencia estética del sabor y la textura que puede recibir el agua pura para transformarse en una bebida enriquecida sensualmente.

La presencia o ausencia del agua como elemento vinculado con la saciedad de la sed puede provocar, además, luchas de poder o de control sobre las fuentes y los territorios de los que el agua es obtenida, creando así dispositivos culturales de control y de jerarquizaciones, ya sean económicas o políticas.

Junto a la función saciante del agua, también está presente su función de riego para el resto de los alimentos que consumimos. El agua cumple las funciones de sustento vital y de manutención de la biología de dos

maneras distintas: como líquido potable y como elemento de riego que hace crecer los alimentos y que hace posible la agricultura. El agua es, así, uno de los elementos centrales de la vida entendida como metabolismo y nutrición.

Lavar: el agua y la higiene

La segunda experiencia humana que determina antropológicamente al agua es la necesidad de lavar, tanto el cuerpo como los alimentos y los espacios en los que el ser humano habita. El agua forma parte importante de muchos procesos de lavado y de limpieza. La higiene es una necesidad que está conectada con la supervivencia, pues ella provee al ser humano de la asepsia necesaria para evitar enfermedades, olores desagradables y fétidos. Así pues, el agua no solo es un elemento que forma parte de la vida biológica, sino que constituye una experiencia estética determinada, que tiene que ver con el gusto y no tan solo con la manutención del ser vivo, aunque ambas experiencias estén estrechamente relacionadas.

Para hablar con mayor precisión, el agua nos da la posibilidad de saciar necesidades de diferente grado de complejidad, que además de acceder a una limpieza necesaria para mantener el espacio libre de agentes patógenos, en su función lavativa, sitúa al entorno y a la persona en la posibilidad de permitir ciertas formas de la presencia personal: la higiene posibilita que emerjan formas de vida que superan lo meramente biológico.

De hecho, el espacio higiénico se constituye como un espacio que permite que la alteridad concorra: si bien una persona puede tolerar consigo misma un cierto desaseo, es cierto que la alteridad comparecerá de manera más libre cuando la higiene entra en juego. Lo mismo sucede en el sistema familiar: hay una intimidad dentro de la cual se abre un cierto umbral de tolerancia a los efluvios y los aromas corporales ajenos (basta pensar, por ejemplo, en una madre o un padre que limpia los fluidos de sus hijos y que les cambia los pañales, o incluso en el

mismo ejercicio de la sexualidad, en donde, por más rituales y costumbres que llenan el acto sexual de una enorme riqueza simbólica y espiritual, es imposible ocultar que la corporalidad del sexo incluye necesariamente un cierto intercambio de efluvios), pero esa tolerancia encuentra cierto límite cuando la persona o la familia desean limpiar un espacio y un entorno para que la alteridad pueda ser bienvenida en el hogar. Lo íntimo se abre espacio a lo público a través de procesos de higiene en los que el agua tiene un papel importante.

Estas experiencias, sin embargo, deben ser historizadas. Iván Illich ha documentado en su extraordinario libro *H₂O y las aguas del olvido*, cómo el agua, y con ella la higiene, ha jugado diferentes roles en la civilización occidental.² Es cierto que no siempre se comercia socialmente sobre los mismos cánones estéticos e higiénicos, pero el hecho es que todo comercio social se da siempre sobre unos ciertos cánones estéticos e higiénicos: defecar en público o en privado, escupir frente a otros, ducharse diariamente, lavarse las manos antes de comer y después de ir al baño o eructar después de comer son ejemplos de cómo los lugares y los tiempos constituyen el agua de manera diferente respecto de los

² Iván Illich, *H₂O y las aguas del olvido. Reflexiones sobre la historicidad de la materia, aquello de lo que las cosas están hechas*, trad. por José María Sbert, en *Obras reunidas* (México: FCE, 2008), II, 342: “La relación recíproca entre agua y espacio puede explorarse en dos niveles distintos. El primero tiene que ver con la forma. En este nivel la comparación se centra sobre los rasgos estéticos comunes que la imaginación de un periodo ha dado al agua urbana y al espacio urbano. La contribución de una época al estilo de la percepción y representación de estos constituye el núcleo de esta manera de abordar la poesía o la pintura, la escultura o los sueños. La pregunta es ‘¿Cómo usó o mostró el agua el barroco?’, y no ‘¿Qué cree esa época que es el agua?’ El agua misma, en este primer nivel, no tiene historia; desde ‘el principio, cuando la tierra era deforme e incompleta’, el agua fue H₂O. De acuerdo con esa hipótesis, todas las historias sobre la creación cuentan en todo el mundo el origen de la misma materia, ya que la ‘materia’ como tal es ahistórica.

No deseo explorar el agua de esa manera, ni tampoco el espacio y el vínculo imaginario que los une. Desde el principio me negaré a aceptar que todas las aguas pueden ser reducidas a H₂O. No trataré de abordar el espacio urbano como si pudiera definirse universalmente en términos de coordenadas cartesianas o criterios censales. Pues no solo el modo en que una época trata el agua y el espacio tiene una historia: las propias sustancias que la imaginación conforma —y, por lo tanto, provistas de significados explícitos— son ellas mismas, hasta cierto punto, creaciones sociales.

Quiero explorar la historicidad de la materia, el sentido que la imaginación de una época ha dado al lienzo en el que pinta lo que imagina, al silencio de un cuarto en el que proyecta su música, al espacio que llena con el aura que puede gustar u oler.”

procesos de higiene. Es un hecho que el agua siempre está presente en estas formas y especies de lo higiénico, y que la higiene forma parte de la vida humana constituida no solo biológica sino culturalmente.

Recreación y horizonte poético: el agua como espectáculo estético

La tercera experiencia humana del agua está relacionada con su capacidad estética y como elemento configurador de una experiencia de lo bello. Esta experiencia puede estar fundada en muchas vivencias anteriores y originarias, pero si profundizamos en la noción de “higiene” que acabamos de describir, podemos encontrar ciertos estratos de sentido más primarios (relacionados con la salud, la seguridad o la sensibilidad en términos cognoscitivos o de supervivencia) que estratos de sentidos fundados o superiores, a saber, la experiencia de lo bello.³

Existen algunas culturas en las cuales el baño o el lavado del cuerpo es un ritual religioso, erótico o estético plagado de símbolos irreductibles a una mera función de supervivencia. En ellos acontece un cierto elemento de gratuidad o una función que responde solamente al gusto subjetivo y que comparecen en el fenómeno, tales como decoraciones y ornatos que, no por ser bellos u ornamentales son innecesarios para la experiencia que el ser humano construye de sí mismo y del mundo a través de su acción.

Las prácticas higiénicas que constituyen un elemento estético son posibles por la relación eidética que enlaza al agua como elemento sensible con los cinco sentidos,⁴ gracias a la estimulación que estos pueden aportar a la vida humana sintiéndose a sí misma a través del agua como elemento. Ella, en efecto, comparece como espectáculo estético en la medida en que colabora con la experiencia que el cuerpo tiene de sí, primariamente en el tacto —como sucede en los rituales de higiene o en

³Véase Steven Holl, *Cuestiones de percepción. Fenomenología de la arquitectura*, trad. por Moisés Puente (Barcelona: Gustavo Gili, 2008).

⁴Este enlace ha sido explorado, en la arquitectura, por Juhani Pallasmaa, especialmente en *La imagen corpórea. Imaginación e imaginario en la arquitectura*, trad. por Carles Muro (Barcelona: Gustavo Gili, 2014).

el nado recreativo (ambas experiencias posibilitadas por el rozar del agua en el cuerpo a diversas intensidades y temperaturas)—. Pero, para bien o para mal, el agua también es un espectáculo estético, ante los otros cuatro sentidos. Para el oído, el sonido de las olas del mar, la caída de agua en un pequeño chorro o en una gran cascada o el fluir de un río, sea este caudaloso o escaso. Para la vista, la imagen de los cuerpos de agua vastos y pequeños, como lagos, ríos, mares o incluso el insignificante pero poderoso vaso de agua, tal como fue contemplado por José Gorostiza. Si bien es muy cuestionable si es posible hablar aquí de fenómenos “bellos” o de “belleza” en el alto sentido de la palabra, parece posible describir esas experiencias como propiamente estéticas, en la medida en que estimulan a la sensibilidad no solamente de un modo físico o biológico, natural, sino que se produce en ellas una experiencia nutrida de símbolos y de semántica⁵ en donde comparece lo agradable, lo desagradable, lo asombroso, lo interesante, lo curioso, etcétera.⁶

Los casos del olfato y del gusto resultan paradójicos, pues el agua se caracteriza, al menos en teoría y desde la mirada aséptica que la ciencia arroja sobre ella, por ser inolora e insípida. Pero una fenomenología del agua desmiente la descripción científica por cuanto el agua real que se experimenta directamente a través de esos sentidos está siempre cargada de un cierto sabor y de un cierto aroma, aunque muchas veces sea sumamente tenue y ambiguo. Es, pues, posible el gozo o la recreación sensorial de la nariz y del paladar ante un cuerpo de agua olfateado y degustado. Hay aguas con sabor metálico o ferroso, aguas que saben a tierra y a cítricos, hay aguas malolientes, fétidas y ácidas. No hace falta pensar en aguas demasiado complejas, sino en el agua corriente que se obtiene del grifo para poder entrar en contacto con agua que no es ni del todo inolora ni del todo insípida.

⁵ Sobre los sentidos semánticos que se constituyen en la experiencia sensitiva del cuerpo en su relación con el lenguaje, véase Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, 213ss. Para un desarrollo de la noción de “objetos espiritualizados”, que funge como fundamento a la noción de un espacio cultural y semánticamente determinado, véase Edmund Husserl, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*, trad. por Antonio Ziriñ (Ciudad de México: FCE, 2005), 283ss.

⁶ Valeriano Bozal ha desarrollado una interesante descripción de todas estas posibilidades estéticas de experiencias semánticas constituidas en *Historia de las ideas estéticas II* (Madrid: Historia 16, 1998).

Pero más allá de la dimensión estética estrictamente sensible, el agua forma parte de las experiencias de lo bello y de lo sublime de muchas formas, que trascienden la mera irritación positiva de los sentidos y que comparecen para una subjetividad que reconoce la belleza inteligible de ciertas experiencias culturales.

Gaston Bachelard, tanto en *El agua y los sueños* como en el clásico *La poética del espacio*, describe ciertas experiencias de la vida cotidiana en las que el agua y lo estético están presentes de manera primordial y espiritual. Recuperando versos de grandes poetas, Bachelard recurre a diferentes formas bajo las cuales el agua ha suscitado la imaginación y la ensoñación.⁷ Si bien su método se basa fundamentalmente en el psicoanálisis, su obra es un gran documento del modo en el que el agua puede suscitar imágenes que hacen que el ser humano busque ser más que quien de hecho es: el agua es considerada como suscitadora de trascendencias y de superaciones y desbordamientos de lo humano.

Aun cuando estas consideraciones fenomenológico-estéticas podrían extenderse de una manera si no infinita sí desbordante, vale la pena preguntarnos ahora cómo se constituye para una subjetividad la ciudad como fenómeno vivido en relación con el agua.

Ciudad irrigada y ciudad abastecida. Literalmente hablando

La presencia del agua en la vida del ser humano puede deberse a una serie de fenómenos naturales como la lluvia, o bien a una serie de elecciones libres respecto de sus formas de habitar, como el enclave en el que erige sus ciudades: a la vera de un río o un lago, o en un puerto junto al mar. Aunque también es cierto que la presencia del agua en la vida humana puede deberse a otros factores de carácter más bien técnicos, como lo son un drenaje y un sistema de bombeo que haga llegar el agua a un sitio determinado en el que originalmente no la había.

⁷ Véase: Gaston Bachelard, *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*, trad. por Ida Vitale (Ciudad de México: FCE, 2003) y *La poética del espacio*, trad. por Ernestina de Champourcin (Ciudad de México: FCE, 2000).

En este sentido, la ciudad respecto del agua en la vida humana puede constituirse de dos maneras bien distintas: ya sea que esta se haya fundado en la cercanía de un cuerpo natural de agua, normalmente para componer un sistema simbiótico que alimente la vida de la ciudad —y a esto llamo ciudad irrigada—, o bien, ya sea que esta esté provista de agua a partir de sistemas técnicos de drenajes que conduzcan al agua al sitio deseado, como las casas o las diversas construcciones que los seres humanos utilizamos para habitar de diversos modos y que luego la desechen. En este caso, la ciudad no está propiamente irrigada, sino que se constituye únicamente como fuente y como desagüe. La distinción estriba en que, en el segundo caso, la ciudad no se reviste ella misma de agua para constituir la vida y la existencia espiritual, estética o simbólica de la ciudad en sentido estricto, sino que mantiene una separación categórica entre el habitar humano y el elemento acuífero, generada principalmente por el modo como se considera al agua en un caso y en el otro.⁸

La ciudad irrigada está constituida desde su fundación contando con el agua como un elemento tanto de supervivencia como de convivencia, lo que la convierte en un elemento estético, debido a las estructuras esenciales antropológicas antes señaladas: lo biológico es existencial y lo existencial es biológico. En el caso de la ciudad irrigada hay una relación convivencial entre el agua y la vida urbana. Es verdad que estas modalidades convivenciales de la presencia del agua tienen una historia y pueden luego pervertirse o perfeccionarse, pero en estos casos ella entra en la constitución genética de la ciudad como enclave humano. La irrigación forma parte de la constitución fundacional y esencial de la urbe, creando así una “atmósfera” semántica que dota de cualidades estéticas, culturales y espirituales.⁹

La ciudad como fuente-desagüe ejecuta, en cambio, una separación, o más bien podríamos decir que parte de una separación, de una concepción de la vida humana en la que esta no necesita o no quiere relacio-

⁸A este respecto, nuestro análisis entra en relación con las nociones básicas sobre la “topología” y los elementos primarios que determinan un “área” arquitectónica y urbana, especialmente como han sido considerados en Aldo Rossi, *The architecture of the city*, trad. por Diane Ghirardo y Joan Ockman (Cambridge Mass.: The MIT Press, 1984).

⁹Utilizo aquí la noción de “atmósfera” tal como ha sido desarrollada por Peter Zumthor en su famosa conferencia *Atmospheres* (Basilea: Birkhäuser, 2006).

narse con el agua más que como un objeto de uso, pues considera la *civitas* como una entidad cualitativa que difiere del agua y que no necesita entrar en relación con ella bajo los criterios de quienes forman parte del mismo reino, sino solamente bajo la forma del usufructo. Este tipo de ciudad nace o surge de una experiencia del vivir humano desengarzado de los elementos naturales, y considera que su existencia puede darse sin la apelación a los recursos orgánicos que la naturaleza otorga, o más bien, sin la integración con ellos, y solo utilizándolos como recursos económicos o como *inputs* combustibles que luego generan desechos que hay que hacer desaparecer.

La ciudad como fuente-desagüe es, sin embargo, *sensu stricto*, una derivación o degeneración de la ciudad irrigada. No tiene carácter originario o fundante, sino que es el resultado de una serie de prácticas que han devenido en ella, y que no busca ser irrigada sino más bien “abastecida”.

Llevar agua a una ciudad, o abastecerle del agua que necesita, no es lo mismo que irrigarla. La irrigación tiene que ver con la presencia del agua sobre el espacio, con la emergencia del agua como un habitante más, como un ciudadano más, o como un ambiente o un entorno en el que la vida puede crecer. La ciudad irrigada es aquella en la que la presencia del agua alimenta la vida y el habitar, conformando una parte importante del imaginario cultural urbano y del talante existencial de la ciudad. El abastecimiento, por el contrario, no es una presencia sino una proveeduría, es una acción de la voluntad de una comunidad que se realiza con vistas a un fin determinado y que puede ser la hidratación o la limpieza. El problema del abastecimiento es, precisamente, un problema, y es una cuestión distinta a la de la irrigación, que no necesariamente tiene el carácter de un problema, sino tal vez de enigma o de misterio, en tanto que en ellas el agua puede invitar a soñar, a crear o redimir ciertas pulsiones sociales o personales. La ciudad fuente-desagüe, la ciudad abastecida, es la que se concibe a sí misma, tanto en sus ciudadanos como en sus leyes y en sus políticas, como la responsable de llenar de agua los tinacos, las cisternas o los aljibes de las casas y de las construcciones y luego de vaciarlos y de alejar el agua que, después de ser utilizada, se vuelve un ser sucio, indeseable y apestando. La ciudad abas-

tecida no convive con el agua: solo la ve o la usa mientras pasa de un tubo a otro.

El agua es, para la ciudad irrigada, un elemento del entorno y constituye una variable de la dinámica vital, ya sea como función arquitectónica, como elemento urbano o bien como presencia simbólica generadora de cultura. La ciudad irrigada no es tan solo aquella que está asentada sobre terrenos que conviven con cuerpos de agua de manera explícita. De hecho, la ciudad fundada en medio del desierto, que no está literalmente irrigada pero que no se ha escindido de su carácter de engarzamiento con el mundo natural, puede vivir de una relación orgánica o convivencial con el agua bajo la forma de la carencia, la ausencia, el sueño o el deseo. En ese caso podrá incluso constituirse el agua como un elemento onírico de pulsión y de combate, o como un elemento de lucha y de conquista, es decir, como un elemento que suscita la actividad espiritual o estética y eventualmente detonar alguna forma de crecimiento antropológico y cultural. Sea cual sea el caso, la constitución de la ciudad irrigada se da desde los estratos de constitución más básicos del ser humano: su corporalidad. Como lo sostiene Pallasmaa, también desde una perspectiva fenomenológica, “el precepto del cuerpo y la imagen del mundo pasan a ser una única experiencia existencial continua; no existe el cuerpo separado de su domicilio en el espacio, y no hay espacio que no esté relacionado con la imagen inconsciente del yo perceptivo”.¹⁰ La ciudad irrigada es, así, una ciudad que, más allá de si su resultado es una experiencia de la belleza o de la fealdad,¹¹ involucra al cuerpo en la constitución del agua como elemento presente y existente dentro del horizonte de la vida y su despliegue social: el agua que no se ve, que no se huele, que no se toca ni se oye, no es agua que irrigue la vida. Es un agua fenomenológicamente inexistente y no tiene ninguna posibilidad de ser constituida como elemento vital y personal de la identidad de una ciudad.

¹⁰ Juhani Pallasmaa, *Los ojos de la piel. La arquitectura y los sentidos*, trad. por Moisés Puente y Carles Muro (Barcelona: Gustavo Gili, 2019), 50.

¹¹ Efectivamente, la ciudad irrigada no es únicamente la que tiene ríos o lagos hermosos, o la que adorna sus calles y aceras con fuentes, sino también aquella que acepta el agua o convive con ella incluso en sus formas desagradables, por ejemplo, cuando las aguas residuales están presentes y hacen del espacio un lugar fétido o insalubre.

En esa misma medida, la ciudad entendida como fuente-desagüe es una ciudad que busca ocultar el agua y convertirla en un elemento imperceptible más que para lo estrictamente necesario: el lavabo, la ducha y el grifo en general. Es un agua desincorporada y desaparecida del horizonte perceptivo de las personas. La ciudad entendida como fuente-desagüe tiende a considerar el agua como una realidad puramente económica y objetiva, como una cosa que cumple una función instrumental, y por ello la relega al ámbito de la alcantarilla, los tubos y, sobre todo, a la invisibilidad. Esta forma de la ciudad es, principalmente, moderna, o ha sido posible en la modernidad, en la medida en que el habitar del hombre moderno está atravesado de criterios y de normas que secuestran la dimensión estética de la existencia y anteponen a ella una necesidad objetiva, pragmática y de uso instrumental.

Tres breves ejemplos de la presencia del agua en ciudades irrigadas

Consideraré ahora tres formas de la presencia del agua en tres ciudades irrigadas y el modo como estas han hecho convivir su irrigación originaria con el problema del abastecimiento, ya sea de una manera misteriosa, exitosa o estética, ya de una manera enferma, esclerótica o ideológica. Tomaré como marco teórico para el desarrollo de los ejemplos únicamente las formulaciones conceptuales precedentes y sin pretender ningún tipo de definitividad o análisis exhaustivo sobre la situación del agua en dichas ciudades. Está claro que las ciencias sociales, desde metodologías más complejas e interesantes podrían alcanzar un conocimiento mucho más técnico y preciso, de modo que estos ejemplos deberán tomarse apenas como elaboraciones fenomenológicas cuyo valor es ejemplificativo.

Atravesada por un río que la separa y a la vez la une, París goza de uno de los imaginarios simbólicos más famosos del mundo respecto del agua y su posición urbana. El Río Sena divide a la ciudad en *rive droite* y *rive gauche*, es decir, el lado derecho y el lado izquierdo de la rivera que se corresponden respectivamente con el lado norte y el lado

sur de la ciudad. El Sena funge en el siglo XXI como la fuente de uno de los más grandes clichés turísticos creados por la fotografía de posguerra, pues no es solamente un borde o una frontera limítrofe entre el norte y el sur, sino que él mismo es un espacio vitalizado, que recibe la vida de sus habitantes y la eleva de su mero sentido natural y rutinario. El Sena no abastece a la ciudad de agua, pero sí la irriga magníficamente. Es cierto que el propio río genera una serie de problemas de drenajes y alguna vez ha ocasionado inundaciones, pero su presencia es más antigua que la ciudad misma, por lo que el río se vuelve un referente identitario que precede a toda historia consciente de Francia y de París. Es la ciudad la que se ha acoplado al río, aunque también ella le ha dado forma a este. Los historiadores cuentan que el primer enclave de la ciudad se situó en la isla principal, en donde está hoy plantada la catedral de Notre-Dame. La vida de los ciudadanos, hoy, está marcada en ese sentido por las dos partes de la ciudad y por un símbolo cultural e histórico situado en una de las islas centrales.

La identidad de París difícilmente puede ser descrita o vivida dejando a un lado el Sena, que se ha vuelto para ella una especie de columna vertebral que orienta a sus ciudadanos no solo espacial y geográficamente, sino también cultural y espiritualmente. El Sena no solamente es un límite, una entidad que adquiere valor relativo respecto de los dos lados de la ribera, sino que él mismo es un espacio cuya entidad y espesor cultural, si bien necesita de sus flancos, puede ser considerado por sí mismo como un espacio constituido antropológicamente en un lugar de desarrollo y despliegue existencial, no ya como fuente de movimiento económico, sino como fuente de recreación, de gozo y de distensión: el río como paisaje, el río como paseo, el río como espectáculo, el río como fuente de leyendas y de cuentos.

La Habana y la Ciudad de México son dos ciudades en las que la presencia o la ausencia del agua se constituye de maneras muy distintas, no solamente entre sí sino también respecto de la Ciudad Luz. Ambas ciudades americanas son ciudades irrigadas de manera originaria, pues cuentan con fuentes hidráulicas importantes y abundantes. La Ciudad de México fue fundada sobre una laguna y poseía grandes cuencas que

abastecían y que irrigaban a sus habitantes, tanto como una fuente de recursos naturales, como un medio de comunicación y como un constitutivo identitario o cultural. Para comprender el papel que tuvo el agua en lo que fue la antigua Tenochtitlán, basta leer las descripciones de Hernán Cortés o la poesía de Nezahualcóyotl, quien, por cierto, fue también un gran ingeniero y se encargó de dividir el lago de Tenochtitlán en dos partes, salada y dulce, con la construcción de un albarradón que hacía las veces de dique para controlar el nivel de las aguas. La Habana, de manera similar, pero a la vez sumamente diferente, nació como una ciudad plenamente bañada por el agua al ser un puerto y mirar al mar desde su nacimiento. El mar forma parte esencial de la identidad habanera y de los cubanos de la capital.

En las dos ciudades, sin embargo, y a diferencia de lo que ha ocurrido con París, se ha efectuado una fractura histórica, simbólica e ideológica respecto de su relación con el agua. En La Habana, ciudad portuaria, el agua es “lo imposible”. Es el don prohibido, como el árbol de la sabiduría en el jardín del Edén: comer de su fruto es una condena, pues la *Ley de pesca*¹² prohíbe a los ciudadanos cubanos pescar y comer el fruto de la pesca. Pero para La Habana el agua de su mar también funciona como un muro y como un umbral: el mar es para muchos la salida de la realidad tan especial en la que viven, pero una salida plagada de riesgos mortales, de manera similar a lo que significa el desierto para los migrantes que atraviesan México para llegar a Estados Unidos. Aunque La Habana sea un puerto, el agua está ausente porque no puede ser realmente aprovechada. Su presencia es la de un objeto deseado con el cual no se puede entrar en un comercio amoroso directo. De hecho, ella representa también un mal: para los que se quedan, es el vestigio maldito y permanente de quien ofrece una tentación que no puede aceptarse. Y si por el mar se han ido los seres queridos, el mar es para La Habana la nostalgia hecha agua.

¹²Ministerio de Justicia de Cuba, “Ley de pesca” en *Gaceta oficial* núm. 11, 2020. Puede consultarse en: <https://www.gacetaoficial.gob.cu/es/ley-129-de-2019-de-asamblea-nacional-del-poder-popular#:~:text=LEY%20DE%20PESCA%20Establece%20las,de%20contribuir%20a%20la%20soberan%C3%ADa>

DIEGO I. ROSALES

La CDMX vive una experiencia completamente distinta. En su origen un lago y luego una de las ciudades más irrigadas del mundo, ella ocultó sus ríos como se ocultan las partes íntimas. Es la muchacha pudorosa —puritana, decimonónica— que esconde su poder erótico tan eficazmente que lo olvida; un poder que permanece latente, una fuerza primaria que un día va a estallar, devastadora, sin control. La CDMX es la vergüenza del agua. Aunque fue fundada sobre ella, se la ocultó para abrazar un mundo moderno que se creyó incompatible con la naturaleza. El agua en la CDMX no es un paraíso perdido sino un paraíso rechazado. Desde el punto del abastecimiento, el agua es un verdadero problema, pues el sistema Cutzamala afronta todo el tiempo crisis de sequías. Y desde el punto de vista de la irrigación, el agua que dotaba a la ciudad de un paisaje e identidad cultural únicas poco a poco se la ha ido ocultando y negando.

A modo de conclusión

Las consideraciones aquí presentadas muestran que las ciudades pueden ser constituidas antropológica y semánticamente, es decir, en su sentido existencial y en los significados que dan y reciben de las personas que las construyen y las habitan, en al menos dos niveles: un nivel material, natural o sustentable, y un nivel de libertad, vital o existencial. Si bien ambos tienen un asiento en la dimensión material, y sin ella no podrían ser constituidos, es cierto que, sin la dimensión libre y existencial, tampoco.

El primer nivel es el del sustento, el carácter de que la ciudad debe cumplir una serie de características para la posibilidad de la supervivencia y la proveeduría de bienes y servicios. En este nivel, una ciudad debe considerarse a sí misma como el espacio material que transforma un lugar natural en un hábitat humano, y se construye sobre la base de la transformación del lugar en un mundo de bienes y servicios dispuestos de forma que las comunidades humanas puedan sobrevivir. El segundo nivel es el que satisface las necesidades espirituales de las personas, el que pone en juego la vida biográfica, la historia y la libertad en su

devenir temporal. Ambos niveles están sustentados en un cierto ordenamiento territorial y espacial de los bienes que se instalan en la ciudad, pero también de las relaciones personales y vitales que los seres humanos pueden establecer entre sí a partir de esas disposiciones. Aunque también es cierto que las relaciones espirituales y los sentidos culturales establecen ciertas relaciones intersubjetivas que transforman el espacio material y lo configuran de un cierto modo. Libertad y mundo están en estrecha correlación, e incluso hay una ambigüedad en esa relación o en esa jerarquía que entrelaza ambos niveles, pues una sociedad espiritualmente deteriorada a duras penas logrará establecer un ordenamiento material de la ciudad que permita el desarrollo del espíritu humano. Pero también es cierto que una ciudad materialmente deteriorada e indispuesta espacial y físicamente, raras veces podrá permitir al espíritu encontrar motivos para superar el nivel de la pura supervivencia.

En cualquier caso, me interesa argumentar en favor lo que Simone Weil llamaba “la necesidad del orden y la belleza”:

La contemplación de auténticas obras de arte, y más aún la de la belleza del mundo, e incluso mucho más aún, la contemplación del bien desconocido al que aspiramos, puede afirmarnos en el esfuerzo de pensar continuamente acerca del orden humano que debe ser nuestro primer objeto de atención. [...] Hallaremos mayor estímulo al considerar que las innumerables fuerzas ciegas son limitadas, que se combinan en equilibrio y concurren en una unidad en virtud de algo que no comprendemos, pero que amamos, y a lo que llamamos belleza.

Si tenemos presente la idea de un orden humano verdadero; si pensamos en él como en un objeto al que se debe un sacrificio total si se presenta la ocasión, estaremos en la situación de un hombre que camina de noche sin guía, pero sin dejar de pensar en la dirección que desea seguir. Para tal caminante hay una esperanza grande.¹³

La belleza es, pues, una necesidad primordial del alma humana: un orden que permita al alma habitar el mundo con la mira hacia un ideal que tal vez ni siquiera comprende del todo pero que vislumbra bajo la

¹³ Simone Weil, *Echar raíces*, trad. por Juan Carlos González y Juan Ramón Capella (Madrid: Trotta, 1996), 28.

forma de un anhelo. La existencia humana no puede desplegarse, desarrollarse, asumirse libre y crecer si no trabaja constantemente por perseguir la belleza, incluida la belleza de su entorno y de las ciudades en las que habita.

Estas reflexiones antropológicas y metafísicas sobre la belleza y la libertad, permiten situar en su lugar propio las nociones de “ciudad abastecida” y “ciudad irrigada”, e integrar dentro de una cierta propuesta antropológica y existencial la importancia de distinguir entre las formas en las cuales el agua puede alterar la forma, el aspecto y la vida de una ciudad.

La noción de “ciudad irrigada” permite arrojar luz sobre el hecho de que la presencia del agua en nuestras vidas está mucho más allá de la mera utilidad de saciar la sed o del cuidado y la higiene. El agua, debido precisamente a su carácter vital, instalado en la dimensión biológica del cuerpo y en su carácter sensible y perceptible, es decir, sensorial, tiene la posibilidad de constituirse en un elemento que otorgue sentido y una cierta configuración espiritual y cultural para las comunidades humanas dentro de las ciudades.

Como lo ha mostrado Scruton, hay una relación estrecha entre emoción y cultura,¹⁴ es decir, entre las reacciones, sentimientos e intenciones que despierta un objeto o un espacio y las formas culturales que se entretajan en las interacciones humanas alrededor de esa cierta vivencia emocional o sensible.

Por ello, el problema del agua en las ciudades no es un problema únicamente de abastecimiento. Ese es un asunto de ingeniería, de hidráulica, de ecosistemas y de otras disciplinas que deben trabajar juntas para hacer posible que una cierta población pueda contar con agua corriente (aunque hay que poner en cuestión, también, el dogma del agua corriente como condición universal de la civilización). La cuestión del agua como un asunto espiritual que concierne a los pueblos en su identidad y en su devenir histórico, y también a los individuos en su configuración existencial y en el modo como su identidad se despliega y se ve retada

¹⁴ Véase: Roger Scruton, “Emoción y cultura”, en *La experiencia estética*, trad. por Cristina Múgica (Ciudad de México: FCE, 2014), 315-347.

y provocada por la *polis* que posibilita su vida, es una cuestión urgente. Es cierto que la naturaleza humana, abandonada a su devenir natural, tiende a devorarse a sí misma y a terminar con sus propias obras. Pero también es cierto que mientras la modernidad siga siendo incapaz de reducir sus criterios instrumentales a un asunto, precisamente, instrumental, e impida con sus leyes, sus regulaciones y su miopía que la vida personal y la creatividad popular transformen sus espacios de acuerdo con la organicidad de su vida, estaremos abandonados a una historia en Occidente que destruirá la irrigación para cumplir de manera total, cierta y distinta, el asunto del abastecimiento.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.